

# Creación y Destrucción del Poder

- ★ El Proyecto de la Tecnocracia y la Coyuntura Crítica
- ★ Defectuosa Semiindustrialización Económica en México
- ★ Desincorporación Política de los Sectores Populares

LORENZO MEYER

NUEVA YORK, 18 de octubre—En el futuro político inmediato de México hay una contradicción fundamental que no se va a poder sostener por mucho tiempo. Dicha contradicción no es sólo una entre el gobierno y la oposición, sino que incluye también a la relación entre la alta tecnocracia dirigente y sus bases sociales. Para explorar esta contradicción me voy a auxiliar de un concepto desarrollado por algunos científicos políticos interesados en explicar el fenómeno latinoamericano reciente, se trata del concepto de coyuntura crítica.

El término de coyuntura crítica (*critical junction*) se encuentra muy cercano a otros conceptos como los de quiebre o inflexión histórica y bien se pueden usar de manera indistinta una vez hecha la definición. Por ahora no voy a aburrir al lector con definiciones técnicas que se pueden encontrar en la obra de David Collier. La esencia de la idea se refiere a los momentos en el proceso de desarrollo político de un país, en donde se transforman, crean o desaparecen una o varias de sus instituciones o estructuras centrales. Son circunstancias de creación y destrucción relativamente



# Creación y Destrucción del Poder

Sigue de la primera plana

rápida de poder político, y en donde unos actores pierden y otros ganan de manera definitiva en la redistribución de la riqueza social.

Ejemplos de inflexión histórica en algunos países de la América Latina son la independencia, o bien el momento, en este siglo, en que los sistemas oligárquicos heredados del siglo XIX se vieron obligados a incorporar a segmentos de los sectores populares—clase media, obreros organizados e incluso, en algunos casos, campesinos—, al proceso de formulación de las decisiones políticas. Esa incorporación fue posible porque el proyecto económico estaba centrado en la industrialización basada en el mercado interno. En esas condiciones, una mejoría relativa de la distribución de la riqueza representó un fortalecimiento de dicho mercado. En México, es claro que esa particular coyuntura crítica de incorporación de las masas se dio, básicamente, en el período del general Lázaro Cárdenas, cuando se crearon la CTM, la CNC y el PRM. Pero eso es ya pasado, y hoy estamos viendo—y sufriendo—un nuevo quiebre histórico. Es a éste al que me voy a referir.

★

Un joven politólogo argentino, Héctor Schamis, sugiere en un artículo de reciente publicación, que para comprender mejor algunos de los dramáticos acontecimientos que han ocurrido en estos años en los países del Cono Sur, es necesario tomar en cuenta la existencia de una nueva ruptura histórica: esa que tuvo lugar a partir de 1973 en Chile o del golpe militar de 1976 en Argentina. Lo central de esa coyuntura es el notable esfuerzo de ciertos gobiernos por resolver la crisis de un modelo económico inviable—el basado en el mercado interno y con gran participación estatal—mediante la aplicación radical de las recetas neoliberales. Desde esta perspectiva, la tarea histórica que se impusieron los brutales generales argentinos del 76, así como Pinochet, fue la de desincorporar, excluir o marginar, a los sectores populares organizados porque el nuevo modelo de economía ya no necesitaba del mercado interno para tener éxito—o al menos no en la misma medida del pasado—sino de una gran competitividad en la exportación de bienes de consumo a las economías centrales. Si para desincorporar a los grupos sociales era necesaria la fuerza y el terror de Estado, para ello estaban los Videlas o Pinochetes, sus oficinas, sus ejércitos y sus grupos paramilitares. Lo que resultaba indispensable no era el respeto a los derechos humanos, sino que las clases media, obrera y campesina, disminuyeran drásticamente su consumo, que lo mismo hiciera el Estado dejando a un lado su antigua idea de seguir penetrando a la sociedad y, en cambio, pusiera a la venta las industrias públicas, acabara con los subsidios, disminuyera la burocracia y restringiera el gasto social,

aunque eso hiriera a los sectores más desprotegidos. La idea era—y es—centrar las energías sociales en la producción para la exportación a los mercados de las grandes economías centrales: una exportación competitiva, manejada por grandes empresarios privados nacionales y extranjeros, y dirigida desde lo alto por una pequeña pero poderosa tecnocracia estatal.

Bien, creo que el diagnóstico de Schamis sobre lo sucedido en algunos países del Cono Sur en los setenta y ochenta—el de un quiebre político histórico en la relación entre la sociedad y sus gobernantes, destinado a encauzar a ciertos países latinoamericanos por el camino que hace tiempo siguieron Taiwán, Corea del Sur, Hong Kong o Singapur—también se puede aplicar a la situación mexicana actual. La terrible crisis económica que le estalló en las manos a José López Portillo y que éste le heredó a De la Madrid, fue, como las del Cono Sur, estructural y no coyuntural.

Fue el fracaso final de una economía que se semi-industrializó de manera ineficiente y que, por lo mismo, no pudo llegar a resolver, entre otros, el problema de un déficit crónico en su intercambio con el exterior y que, por ello, acumuló una deuda externa e interna de proporciones colosales, impagable. También por ese motivo el gobierno que hoy termina no consideró otra salida a su terrible problema que la aplicación casi fanática de la receta neoliberal (a la que sus autores llaman modernización, pero a la que también se le puede llamar neconservadurismo).

Como bien se puede comprender, una condición indispensable para hacer realidad el tipo de futuro previsto por el delamadridismo, hoy ya transformado en salinismo, es la desincorporación política de aquellos sectores populares que desde los años treinta fueron admitidos, si bien con carácter subordinado, en el proceso de toma de decisiones políticas. De ahí la guerra a muerte lanzada por Miguel de la Madrid contra el populismo y el corporativismo creado por la Revolución Mexicana. Otra manera de decir lo mismo es ésta: la "economía moderna" de De la Madrid y de Carlos Salinas requiere deshacer, por económicamente disfuncional, la base corporativa que tan bien sirvió por medio siglo al PRM-PRI para mantener su total monopolio del poder con un mínimo de represión, pero ¿con qué le va a sustituir? La respuesta no ha sido clara y ese es uno de los grandes interrogantes para el futuro inmediato, pues casi nadie quiere que se le sustituya con la fuerza, como fue el caso sudamericano.

En las críticas condiciones actuales de nuestra economía la antigua base popular del régimen resulta imposible de sostener por falta de recursos. En la actualidad, el presupuesto gubernamental no alcanza para pagar la deuda externa, la deuda interna, la ineficiencia de las empre-

sas estatales, los subsidios al consumo popular e invertir en infraestructura. La eficiencia del aparato exportador—que es y será cada vez más, privado e internacional—tampoco tolera salarios que no estén estrictamente justificados por la productividad y la competitividad ni una inflación generada por el gran déficit de un aparato estatal tan gigante como ineficiente y burocratizado.

Ahora bien, el proyecto cuidadosamente diseñado por la tecnocracia en el poder para excluir a los sectores populares tiene una contradicción y cuya solución equivale a encontrarle la cuadratura al círculo: para llevar a cabo de manera pacífica el gran cambio económico que desea el actual equipo dirigente es necesario un mínimo de apoyo interno y de legitimidad.

Pero ese apoyo es imposible debido a que por ahora y en el futuro inmediato, la nueva política económica tiene que seguir quitándole a los sectores mayoritarios las magras ganancias que lograron bajo el arreglo político que hoy toca a su fin. En tales condiciones, sólo un asalariado masoquista sentiría entusiasmo por lo hecho con sus ingresos en este sexenio y por lo que el próximo promete hacer.

El proyecto neoliberal ha herido de tal manera a la mayoría de los mexicanos que llevó a un rompimiento en la cúpula de la élite, y de esta ruptura surgió el neopopulismo a la derecha y el cardenismo a la izquierda. Contando con líderes y opciones, un grupo extraordinariamente numerosos de ciudadanos mexicanos decidió por primera vez en mucho tiempo, acudir a las urnas con un propósito sustantivo: recuperar y aumentar, de manera pacífica, el poder político y económico que la tecnocracia presente le había arrebatado. El resultado fue una frustración colectiva mayúscula.

El PRI, minado por la lógica anticorporativa y antipopular del proyecto de "modernización" económica, no logró controlar el proceso electoral como en el pasado; desde las elecciones locales de Chihuahua debió recurrir al fraude abierto para continuar en el poder. Y al llegar el momento de la elección presidencial de este año, el triunfo del candidato continuador del proyecto económico oficial resultó sencillamente increíble, la legitimidad se perdió, y por ello el poder deberá ejercerse ahora a contrapelo de la credibilidad. Por otra parte, la forma como se dio el triunfo oficial, en medio de derrotas de candidatos de las grandes corporaciones, como fue el caso de Oaqué Gamboa Pascoe, llevó a que se ahondaran aún más las divisiones en la cúpula. Los priistas de las grandes centrales sindicales ven en la política económica y en las pérdidas electorales de julio pasado—en la decisión de sacrificar brutalmente el salario desde 1982 y en la decisión del nuevo

presidente de no defender frente al cardenismo el espacio tradicionalmente ocupado por los líderes obreros priistas—el principio de su fin. Y en eso no se equivocan, mantener sus privilegios resulta ya demasiado caro para el nuevo gobierno, pues su desprestigio político es descomunal, y la mano de obra que ellos controlan no es competitiva en términos internacionales. Y esto último es imposible de ser pasado por alto.

Todo indica que el equipo tecnocrático que va a asumir el poder en diciembre está dispuesto a pagar un precio por la desincorporación de las masas, incluso si eso equivale a destruir total o parcialmente la vieja base corporativa del PRI. A lo que parece no estar dispuesto es a reconocer una derrota en las urnas, por obvia y natural que ésta sea.

★

El proyecto de los tecnócratas puede, incluso, dejar que la oposición de centro izquierda gane alguna fuerza pues tal fuerza le puede permitir neutralizar al aliado costoso y últimamente no muy efectivo, es decir a Fidel Velázquez et al. Pero por otra parte, ese proyecto requiere no reconocer a la oposición tanta fuerza como para reclamar el poder. El sueño del gobierno que está por iniciarse es lograr algo parecido a lo que ocurre en India, donde el Partido del Congreso tiene una oposición que incluso le permite dirigir algunos gobiernos provinciales, pero que por estar fragmentada no puede, realmente, aspirar a dominar la política nacional.

En realidad, el verdadero sueño sería Japón; ahí el partido Demócrata Liberal no sólo mantiene un cómodo margen de ventaja sobre la desunida oposición, sino que preside sobre un aparato productivo eficiente dirigido en lo general por la tecnocracia gubernamental, pero basado en una poderosa empresa privada que tiene un gran control sobre su fuerza obrera y una verdadera obsesión exportadora. El pequeño inconveniente de este no muy modesto sueño es que los que hoy buscan modernizar tanto al PRI como a la economía, es que tanto en India como en Japón el partido dominante realmente gana las elecciones, y por lo tanto cuenta con una legitimidad de la que ahora nuestra tecnocracia carece.

En conclusión, imponer mediante elecciones que no convencen un cambio económico y político tan drástico como el que busca el equipo De la Madrid-Salinas, tiene más probabilidades de terminar por sustituir al viejo autoritarismo populista por un autoritarismo tecnocrático y excluyente. Al final de este camino puede estar la inestabilidad o algo peor. Así pues, todo indica que aún estamos muy lejos de la creación de un sistema de partido dominante pero democrático, como lo desea Carlos Salinas. Hoy por hoy lo uno excluye lo otro, y ésa es la tragedia de nuestro último quiebre histórico.